

# OBISPOS VASCOS PARA LOS VASCOS

FERMIN CEBOLLA

**O**BISPOS vascos para el País Vasco. Si la Santa Sede aplicara la misma política a otras regiones españolas, seis obispos vascos quedarían en paro. Porque resulta que, mientras las cuatro diócesis vascas están ya gobernadas por obispos nativos, en las tres diócesis de la provincia de Huesca dominan obispos vascos (Osés en la capital, Belda en Jaca y Echevarría en Barbastro), y vasco es el arzobispo de Santiago, Suquía, y el obispo de Cartagena-Murcia, Azagra, y el de Canarias, Echarrren. Mientras tanto, en la enorme extensión de Extremadura, Roma no ha sido capaz de hallar un solo sacerdote que elevar al episcopado, y cuando se dan pasos importantes para la delimitación de una provincia eclesiástica de Pamplona, que englobará a todo el País Vasco, los extremeños se enteran de que alguien está frenando las gestiones propias para que eclesiásticamente se in-

tegren a la entidad regional los pueblos bajo jurisdicción del primado de Toledo. Contrasentidos de una política en la que ahora ya no interviene el Estado centralista.

Dicho esto, nada más justo que reconocer la urgencia de una provincia eclesiástica del País Vasco. En el argot clerical habrá que referirse a la "provincia eclesiástica de Pamplona", tal como manda la tradición para estos casos.

La decisión última de Roma parece que no ha de tardar. En pocos meses se han removido los dos últimos grandes obstáculos. Primero, la Conferencia Episcopal Española, de 25 de noviembre pasado, dio luz verde a la reestructuración de la provincia eclesiástica de Pamplona, en marco más amplio de una reestructuración territorial de la Iglesia en España. En la decisión que nos ocupa, a la archidiócesis de Pamplona, que cuenta con la

sufraganeidad de la diócesis de San Sebastián, se le agregarían las de Bilbao y Vitoria, y se desmembrarían las de Logroño y Jaca, que actualmente le pertenecen. Desde el 16 de febrero, todos los obispos que rigen las cuatro diócesis vascas son vascos, dos de ellos, Setién y Larrea, son además euskaldunes, lo mismo que el auxiliar de Bilbao, Juan María Uriarte. Se ha cuidado muy particularmente que los tres recién nombrados vayan a regir la diócesis que le vieron nacer. Una tal adecuación colectiva es la primera vez que se da en España. Otro detalle a destacar: de todos los actuales obispos vascos, sólo uno, Luis María Larrea y Lagarreta, fue "presentado" por Franco; sus colegas llegaron al episcopado por la puerta trasera de los auxiliares, argucia con la que Roma obviaba las dificultades que el anterior régimen ponía a la renovación episcopal de acuerdo con la línea del Vati-

cano II: Cirarda fue obispo auxiliar del cardenal Bueno Monreal; Setién, de monseñor Argaya; Larrauri, del fallecido cardenal Tabera; Uriarte, del polémico monseñor Añoveros. Pero Larrea, obispo de León desde 1971, pasó por el tamiz franquista de las ternas. De ahí ciertos movimientos de rechazo que han surgido ante su designación ahora para Bilbao. En efecto, el domingo 18, se reunían dieciséis sacerdotes en el seminario de Derio, número que se elevaban a 34 el martes 20, entre ellos tres miembros del consejo de presbiterio de la diócesis. Dolidos porque no se hubieran tenido en cuenta las propuestas diocesanas para cubrir la vacante —todo el mundo esperaba que el sucesor de Añoveros sería su auxiliar y después administrador apostólico, Uriarte—, solicitaban a Larrea "la reconsideración de su aceptación" por creer que en su persona "no concurren las condiciones neces-



Los tres obispos vascos recién nombrados. De izquierda a derecha: Setién (San Sebastián), Larrauri (Vitoria) y Larrea (Bilbao).



Presidencia de la Conferencia Episcopal Española. De izquierda a derecha: el nuncio de Su Santidad, Dadaoglio; Marcelo González, Enrique y Tarancón, Bueno Monreal, Jubany y Cirarda.

rias para regir la diócesis de Bilbao". Cartas con esta decisión se elevaron al nuncio, a Tarancón y al arzobispo Cirarda. Cuando se publiquen estas líneas posiblemente sea público ya el posicionamiento de la Coordinadora de Sacerdotes del País Vasco, que andaba en contactos sobre los nombramientos. En la postura crítica hacia Larrea —por el momento minoritaria— nada ha tenido que ver el administrador apostólico. Uriarte y su equipo han reaccionado con sencillez, sabedores de que Roma sólo convierte obispos auxiliares en titulares de una diócesis cuando su experiencia episcopal es de varios años. Uriarte sólo lleva poco más de dos.

Desde dos frentes se ha luchado por una diócesis vasca en los últimos años. En primer lugar con los posicionamientos y las presiones de la Coordinadora de Sacerdotes del País Vasco, que hoy puede agrupar a unos cuatrocientos seguidores, y que surgió a raíz del impacto causado en el pueblo de Euskadi por el asalto de la Policía Armada a la Iglesia de San Francisco, de Vitoria, en 1976, con resultado de varios muertos y casi un centenar de heridos. Baste pensar que, tras este suceso, por primera vez los cuatro obispos vascos firman un documento conjunto. La Coordinadora de Sacerdotes hizo suyo en buena parte el espíritu de las II Jornadas Interdiocesanas de Reflexión Pastoral (Begoña, septiembre 1976), donde se pidió insistentemente la constitución de una Conferencia Episcopal Vasca. Tras unos meses de contactos y reuniones, la primera acción importante de la Coordinadora



Monseñor Uriarte, auxiliar de Bilbao, no promocionado, sin duda, por falta de años en el episcopado (izquierda). Monseñor Cirarda presidirá pronto una Conferencia Episcopal Vasca con sede en Pamplona (derecha).



consiste en la recogida de 150.000 firmas, durante la primavera del 77, en apoyo a una carta dirigida al Papa Pablo VI en la que lisa y llanamente se le pide "la rápida erección de una provincia eclesiástica vasca, con sede arzobispal en Pamplona, integrada por las diócesis de Bilbao, Pamplona-Tudela, San Sebastián y Vitoria, sin perjuicio de que pueda integrarse a la misma la diócesis de Bayona, en la forma y en el momento en que lo determinen los cristianos de Euskadi Norte". La carta exigía también "instituciones pastorales y jurídico-administrativas propias", tales como una Conferencia Episcopal Vasca "autónoma", obispos "auténticos plena-

mente identificados con la personalidad y cultura de nuestro pueblo y los sufrimientos de Euskadi", para cuya designación se consideraba de capital importancia "la participación real y pública del pueblo cristiano".

De otro lado se sabe que han trabajado tanto en la Nunciatura de Madrid como en las dos últimas asambleas plenarias del episcopado y especialmente en Roma, varios obispos vascos capitaneados por Cirarda. Así, monseñor Uriarte pudo declarar a los tres meses de su designación como auxiliar de Añoveros, después de visitar al Papa: "Pablo VI nos prometió ocuparse cuidadosamente de la constitución de una provincia eclesiásti-

ca vasca y creo noblemente que la respuesta será afirmativa y no se hará esperar".

Queda fuera de toda duda que en el País Vasco, donde tanta influencia tiene aún la Iglesia católica, y en especial su clero, se siente la urgencia de que una sola jurisdicción abarque a todo el pueblo católico vasco. El principio de divide y vencerás, que el franquismo sabía aplicar tan metódicamente, había sembrado la división en el catolicismo vasco, desde el mismo momento en que se crearon las diócesis de Bilbao y San Sebastián. Era 1949. Hasta entonces, la diócesis de Vitoria comprendía las tres provincias vascas. Pamplona no era arzobispado y su diócesis se circunscribía a la provincia de Navarra, salvo un pequeño territorio del Sur del Ebro. Para Vitoria fue nombrado obispo el aragonés Bueno Monreal, actual cardenal de Sevilla; para Bilbao, al madrileño Casimiro Morcillo, y para San Sebastián, al catalán Font y Andreu. En agosto de 1956 se creó el arzobispado de Pamplona y Roma accedió a cometer la "monstruosidad histórica" de dividir en dos el País Vasco, eclesiásticamente hablando. San Sebastián pasó a depender de Pamplona, junto con Logroño y Jaca, mientras Bilbao y Vitoria se integraban en el arzobispado de Burgos, junto a diócesis tan distantes y distintas como Palencia y Soria. Tamaño entuerto está a punto de ser solucionado por el polaco Wojtyła. Sólo un problema: políticamente, la integración de Navarra en el País Vasco no está dedicada, aunque la apoyan todos los partidos de izquierda y las fuerzas nacionalistas del País Vasco. En esta situación, la decisión de los obispos españoles, ¿predetermina de alguna manera la solución del problema político? En Navarra, muchos entendieron que sí, y hasta el arzobispo Cirarda tuvo que quitar hierro a lo que se sobrentendía, preguntando su navarrismo. Las quejas de los sectores más conservadores se repitieron con motivo de la reciente campaña contra los obispos vascos por no citar nunca en sus condenas de la violencia a ETA. En realidad poco tenía que ver una cosa con la otra. ¿O es que acaso la Iglesia alemana ha condenado a la Baader-Meinhof o la italiana a las Brigadas Rojas? El hecho es que Cirarda presidirá pronto una Conferencia Episcopal Vasca y que Pamplona será la capital de una provincia eclesiástica de Euskadi. El problema, visto con una cierta distancia, consiste en que, en lo eclesiástico como en lo civil, ante Madrid como ante Roma, quien no llora no mama. ■